

Pautas y actitudes éticas ante la globalización

El propósito de valorar la mundialización, realidad compleja, desigual y selectiva nos trae a las puertas de la ética social. En nuestro caso, daremos por supuesto que conocemos el fenómeno de la globalización, como hecho histórico, como teoría social y como ideología del neoliberalismo, para ocuparnos, directamente, de algunas pautas para su discernimiento. Para ello comenzamos recordando una serie de pautas éticas que nos permiten elaborar un discernimiento del sistema social en su conjunto. Seguimos a continuación con una valoración ética de las políticas reales del neoliberalismo económico. Finalizamos con una propuesta de implicación personal por la movilización solidaria.

José Ignacio Calleja*

* Profesor de Moral Social en el Facultad de Teología de Vitoria-Gasteiz

I. Discernimiento ético del sistema social en su conjunto

Pautas éticas y heridas que se manifiestan crudamente

LA tradición moral cristiana reconoce principios y criterios éticos muy concretos a la hora de discernir el sistema social en la globalización capitalista. Otra cosa es su concreción ante dilemas morales muy delicados, atendiendo a todos los momentos de construcción de lo real, es decir, estudios, proyectos, estrategias y tácticas, y a **la presencia peculiar pero continua** de la ética en ellos. Definir los significados de la ética en cada caso, ponderando la relación entre lo urgente y lo importante, o la diversidad de posibilidades y, por ende, de responsabilidades de los sujetos implicados, es una tarea moral ineludible pero, sin duda, muy costosa. Ahora bien, en cuanto a los principios, no vamos por la historia de vacío. Así, podemos recordar:

– La **dignidad incondicional** reconocida a todos y cada uno de los seres humanos, y a éstos en sus comunidades identitarias, frente a la eficacia instrumental y excluyente del sistema con su rastro de víctimas.

– El **bien común** de la sociedad, local e internacional, en cuanto ecosistema social y moral, que la dignidad plena de las personas y sus grupos requiere, frente al providencialismo mercantil que el neoliberalismo postula e impone.

– La **primacía inexcusable de las necesidades de los pobres** porque, en éstas, la dignidad de todos y el bien común de la sociedad ganan o pierden su justicia, frente a la encomienda neoliberal de la suerte de los pobres al desbordamiento de la riqueza por algunos rincones del sistema social, cuando la lógica acumuladora del mercado lo determina.

– La **libertad de la persona**, interpretada desde el **personalismo solidario** (cristiano), y el derecho fundamental a **participar** en las decisiones que afectan a su vida, frente a la libertad solitaria, subordinada y unidimensional de la antropología neoliberal.

– La **igualdad sustantiva** de los seres humanos, con sus derechos fundamentales a la vida, a la alimentación, a la vivienda, a la atención sanitaria, a la enseñanza, al trabajo y a la cultura, frente al «darwinismo» selectivo neoliberal a favor de los más capaces, si no los mejores depredadores.

– La **primacía del ser frente al tener**, y del trabajo ante el capital, frente a la máxima capitalista neoliberal, el que no tiene, no necesita, ni es; o de otro modo, «el que no puede pagar, no existe».

– El **principio del destino universal de los bienes creados**, y el derecho natural primigenio al uso común de los bienes creados, y a su servicio, el derecho «natural» derivado a la propiedad privada para cada uno y todos; o de otro modo, «la intrínseca función social de la propiedad» y, en su mínimo histórico, el derecho a un «trabajo» del que vivir; frente a la propiedad privada capitalista elevada a derecho natural, primero y absoluto, hasta el monopolio, u oligopolio, de sectores enteros de la economía y el desempleo estructural como variable intrínseca del sistema social.

– La **paz** como fruto de la libertad, la justicia y la solidaridad, en los distintos órdenes de la vida y de la comunidad internacional, frente a la paz como orden público que los Estados imponen por la fuerza, si es preciso, en defensa de la desregulación mercantil neoliberal y sus intereses.

A la luz de estos principios, con las reservas de realismo expresadas al principio, emergen preguntas muy inquietantes sobre qué es de la democracia, el bien común, la justicia o la comunidad internacional en la globalización neoliberal; qué es de todo esto para las personas concretas de cualquier pueblo y continente.

II. Valoración ética de las políticas reales del neoliberalismo económico

Las críticas y sus razones

HEMOS hablado de criterios éticos y de «las necesidades de los pobres»; mejor aún, de criterios éticos **interpretados desde la dignidad de los pobres**. Sin duda es la primera pauta de la moral evangélica. La moral civil utiliza otro lenguaje, pero la misma intención ética: la proclamación del derecho a la igualdad de oportunidades de vida para todas las personas, a partir de los últimos, las personas en sus pueblos, con sus pobreza y diferencias.

La ética habla de igualdad de oportunidades en la vida. La mejor ética habla de igualdad de oportunidades efectivas de vida para todos, atendiendo a la justicia y a la diversidad, hoy y mañana; atendiendo, por tanto, a los

seres humanos y a la creación entera como comunidad universal de vida. La moral más recatada habla de eficiencia económica y sostenible en el uso de lo escaso, en equilibrio con la eficiencia humana en cuanto redistribución del crecimiento. Son palabras, todas ellas, muy hermosas. Pero, ¿las reconocería el neoliberalismo como palabras con criterio?

En realidad el neoliberalismo más extendido piensa que, si consideramos la realidad desde las preferencias éticas del cristianismo, por ejemplo, no puede sino salirnos una imagen de mundo, socialmente, muy negativa. Pero alguna vez, añaden los neoliberales, habrán de atender los moralistas a las políticas económicas reales; de hecho, concluyen, si las observamos bajo el supuesto de cómo ellas atienden al equilibrio posible entre la eficiencia económica en la producción y la eficiencia humana en la distribución, el sistema social sale mejor parado; nadie puede negar la evidencia de lo logrado en bienestar por nuestras sociedades, proclaman los valedores de esta globalización neoliberal.

Pues bien, el que pretenda discernir éticamente los procesos de la mundialización global, tiene que atender a los hechos, y tras reconocerlos en su superficie, ver cómo salen del envite la igualdad de oportunidades de vida para todos, oportunidades reales, hoy y mañana; también, cómo no, la equidad en la atención a las peculiaridades personales y colectivas; por supuesto, la eficiencia económica en el uso de lo escaso; y, a la vez, la eficiencia humana en la redistribución de la riqueza y en la sostenibilidad universal y ecológica del «crecimiento».

Aceptada, en consecuencia, esa primera interpelación del realismo histórico a los criterios morales, ni mucho menos cabe concluir su banalidad. De hecho, ni la política de ajuste en el Norte, ni su homónima en el Sur, han cuidado la acomodación de la economía a esos vectores éticos y políticos. Por el contrario, la política económica neoliberal se rige, ante todo, por la eficiencia económica, imponiendo políticas de ajuste muy exigentes con los sectores populares y sus oportunidades de vida y trabajo. Políticas de ajuste, fundamentalmente, al servicio de la estabilidad monetaria (control de la inflación) y de un presupuesto público, austero y equilibrado (ajuste fiscal del Presupuesto, mediante el control del gasto público); políticas de ajuste al servicio, en último término, del capital y sus oportunidades de inversión con ventaja financiera segura y, en el Sur, al servicio de la devolución de la deuda. En otras palabras, «ellos» temen la inflación y el despilfarro público, porque amenazan el valor de las inversiones privadas y dificultan la devolución de los créditos convertidos, ahora, en deuda interna y externa; y los temen con razón, pero ¿quién y qué los provoca? ¿Cómo y con el esfuerzo de quiénes se

atajan? ¿Qué proporción de posibilidades y responsabilidades se mantiene en los ajustes? Más aún, ¿se mantiene la cacareada confianza en la libertad mercantil cuando la crisis les alcanza a ellos, como sucede tras el 11 de septiembre?

El neoliberalismo dirá que ésta es la lógica de la economía. Se trata de atender primero a la eficiencia económica, la que crea riqueza con garantía; y, después, en otro momento posterior, el mercado ya decidirá su adecuada redistribución. Esto es lo que debe ser examinado en las políticas públicas y no otros ideales ahistóricos. Lo primero es sanear la economía, sus grandes magnitudes, para permitir al sistema que acumule, que se rebalse, y después repartir. Se trata de ajustarnos a las nuevas condiciones de los mercados, para crecer duraderamente, sin inflación, y al fin crear empleo y repartir. No se puede repartir miseria, dirá el neoliberalismo, sino riqueza. Esta es una máxima económica irrenunciable.

Bien, la ética ha de atender con nobleza a esta advertencia, pero no puede renunciar a la pregunta por la verdad o falsedad del reparto. La riqueza rebalsada, ¿llega a todos, más tarde? La respuesta es negativa. Los hechos han cuestionado que la eficiencia económica, el ajuste para crecer, y la redistribución equitativa, sean dos momentos que el mercado libre los imponga subordinados, necesarios y, a la postre, equilibrados. La práctica política cotidiana está mostrando a casi todos, incluidos bastantes economistas neoliberales, cuan lejos de la realidad está que la eficiencia en el crecimiento económico genere, sin más, reparto universal y justicia social por el mercado. El mercado no es «una divinidad» en el reparto de la riqueza y de sus frutos. El rebalse o goteo de la riqueza acumulada, el «excedente», cuando se desborda, a lo sumo crea islas de desarrollo local, o internacional, dentro del sistema, y para mejor preservar sus intereses. Al cabo, islas de desarrollo obedientes a la lógica deslocalizadora de algunas producciones, sucias o fiscalmente caras, y a la lógica desreguladora de los mercados, sobre todo, del mercado de trabajo.

Esta reserva absoluta contra lo más apreciado del neoliberalismo, el crecimiento que se rebalsa e inunda los espacios sociales que lo posibilitaron, tiene su complemento desgraciado en varios efectos perversos que «todos los críticos» reconocen en la mundialización neoliberal y que la mirada ética no puede aceptar como inevitables; pensemos en la desregulación política de la economía, en la creciente pobreza y la exclusión de pueblos, en la amenaza al ecosistema universal de la vida, en la pérdida de cohesión social en las sociedades del Norte y el Sur, en el descreimiento para con las democracias capitalistas o en el pensamiento único desmovilizador.

Ahora bien, si una moral muy razonable tiene esta visión de las cosas, frente al neoliberalismo y sus efectos, ¿podría concretarse, algo más, qué exige de una **mediación económica y política** actualidad? Como interesados por la ética nos ha de inquietar esta cuestión. Veamos algunas pautas:

1) Sin duda, y **en primer lugar**, la respuesta viene por el reconocimiento de que es **necesaria alguna regulación política y social del mercado para ordenar sus fines y dominar sus excesos**. En otras palabras, la «vuelta» a la **primacía de la política sobre la economía**, para impedir despilfarros, oligopolios y hasta monopolios que el mercado neoliberal provoca y consiente. Se trata de imponer al mercado ciertos mecanismos, fiscales y políticos, primero, pero también sociales y ecológicos, y por ende, éticos, que lo hagan verdaderamente mercado libre, con eficacia y equilibrio, y no el reino del despilfarro y la acumulación, del productivismo y el crecimiento indiscriminado. Cabe decir, en frase lapidaria, «economía de mercado, según y cómo, sí; sociedad de mercado, ciertamente no».

La razón doctrinal es clara; el mercado no calcula los efectos inhumanos, despilfarradores y contaminantes del proceso; sólo calcula la rentabilidad monetaria. Las personas, así, son trabajadores y consumidores, y a la postre, medios.

La razón estratégica se suma a la anterior: la justicia social favorece y es, muchas veces, condición de posibilidad del «progreso» económico de una comunidad, porque no desaprovecha ninguna capacidad y recoge todas las aportaciones; y porque asegura la sostenibilidad universal e intergeneracional de su modo de vida.

La razón política está en el fondo de todo. Esta devolución a la política de su papel protagonista, si alguna vez lo tuvo, nos debe hacer considerar la mundialización en la perspectiva de sus efectos sobre las mediaciones políticas tradicionales y, en primer lugar, sobre nuestros viejos Estados-nación. Es un tópico decir que el Estado conocido es demasiado grande para lo local y demasiado pequeño para lo universal. Aquí y ahora, para nuestros fines, deberíamos pensar en las posibilidades que todavía nos brindan estas formas políticas, por lo demás, provisionales como todas; a su vez, los Estados deben reconocer que son parte de la solución, pero también parte principal del problema: su instinto es perdurar; sea como sea, primero, perdurar.

De hecho, todo apunta a la **necesidad histórica**, y a la **posibilidad tecnológica**, de impulsar el protagonismo de los pueblos mediante **instituciones políticas democráticas de alcance mundial**. Algunas áreas funda-

mentales e indivisibles de la vida en común así lo exigen. Pensemos en el patrimonio de bienes fundamentales y únicos; bienes comunes que, junto al disfrute pacífico de los derechos humanos fundamentales de las personas en sus pueblos, a partir de la libertad y la vida de cada uno, de la paz y la cultura de todos, constituyen la primera generación de derechos y bienes humanos, lejos ya de su vieja formalización liberal, individualista y estatal.

Otra vez nos sorprende la evidencia de que la administración democrática y planetaria de la globalización, y sus efectos, constituye la clave de bóveda de una nueva arquitectura política de la convivencia entre los pueblos de la Tierra.

2) **En segundo lugar**, la cosa va más allá de lo dicho sobre el mercado y su regulación «social y política». Al interesarnos por la realidad, mundial o local, la **urgencia histórica** nos reclama **una primacía concreta en la política: las consecuencias de la globalización neoliberal sobre los pobres**, más allá del debate teórico y su resolución, nos ponen ante situaciones de extrema necesidad, situaciones que no pueden esperar a la resolución de debates teóricos, y ante las que no cabe transigir por realismo. A veces será lo único posible y, sin duda, siempre, irrenunciable. Nuestra intransigencia moral tiene que plasmarse, en este caso y ya, en medidas democráticas frente al mercado de los globalizadores a ultranza. Este es un elemento que no debería entrar en la balanza de las concesiones políticas del pacto social. En la «sociedad mundial y única», sin olvidar cada una de las sociedades particulares, se impone atender al hecho de los 50 PMA (países menos adelantados), 34 de los cuales son africanos que, con una renta media anual por habitante de menos de 170.000 pesetas, suponen más de 600 millones de personas viviendo en situación de absoluta falta de condiciones para la dignidad humana, es decir, pobreza extrema y **creciente**, en palabras de la Organización de Naciones Unidas.

3) **En tercer lugar**, y aun a sabiendas de que se necesita un proyecto social alternativo que postule la emancipación individual y política de todos, nos **urge** concretar algunas exigencias que advertimos irrenunciables, ya y aquí:

a) **La primera de ellas consiste en comprender**, como dice Ricardo Petrella, que **la urgencia política mundial sólo puede ser satisfecha mediante la promoción del bien común universal**; lo cual significa, en primer término, la salvaguarda de condiciones humanas de existencia para

millares de seres humanos; o lo que es lo mismo, que los **bienes comunes e imprescindibles**, más arriba citados, **tengan la consideración de patrimonio de la humanidad, patrimonio colectivo cuyos bienes** constituyan, por analogía con los DH, la **primera generación de bienes humanos**. Es el caso del agua dulce, los océanos, el aire y el espacio, la vida y el planeta, los conocimientos y las artes. Éstos son los nuevos espacios de la lucha política, y su fin primordial, preservar la apropiación común de los conocimientos y de los bienes colectivos de la humanidad. Ya no puede haber otra instancia de justificación más radical de la política y sus mediaciones institucionales.

b) **La segunda**, ésa que se refiere a «una nueva arquitectura financiera planetaria», pues la reforma del presente estado de cosas, financiero, monetario y comercial, es «la gran prioridad mundial», como se ha dicho desde altas instancias de las Naciones Unidas (ONU) y lo ha ratificado Ramón Petrella. Por su parte, Ignacio Ramonet lo corrobora al escribir que, «en el plano internacional, se requiere ante todo un entorno de estabilidad que favorezca el crecimiento económico y marcos reguladores que limiten los flujos especulativos y eliminen la volatilidad financiera, asociada a la globalización» (1). En su defecto, la democracia, y sus decisiones de política económica, son papel mojado. Y, añade, «también es clave la apertura comercial de los países industrializados... pero ésta sólo contribuirá a mejoras sociales si va acompañada de cláusulas sociales y ambientales». Sólo, así, desarrollaremos una globalización digna de la democracia y de la condición humana.

c) Por supuesto, se podría afinar más en el discernimiento moral a partir de los pobres y, de hecho, se están concretando, técnicamente, bastantes medidas, necesarias y posibles, para otra globalización solidaria. El «Foro Social Mundial» de Enero de 2001, celebrado en Porto Alegre (Brasil), bajo el lema «otro mundo es posible» (2), es sólo un ejemplo. Las aportaciones dignas de estudio surgen por doquier. El problema de una voluntad política general, que las acoja y exija, ésa es la cuestión democrática de nuestro tiempo.

(1) Cfr., RAMONET, I., Impacto de la globalización en el tercer mundo, en *Gay* 21 (2001) 8.

(2) Cfr., también Sugerencias bibliográficas sobre la globalización, por M.^a Dolors Oller Sala, en *Frontera. Pastoral Misionera*, 17 (2001) 91-98. O, a su vez, María i Serrano, J. E., *La globalización*, Barcelona, Cristianisme i Justícia, 2000.

d) En consecuencia, si el proyecto social neoliberal, su globalización, como creo probado, no nos ofrece una salida humanizadora para todos, porque su lógica es economicista, depredadora, excluyente y antisocial, la apuesta por un modelo alternativo, por su búsqueda teórica y por la presión política para conquistarlo, es hoy una manera, la única, de vivir moralmente en la globalización neoliberal. A mi juicio, es nuestra única oportunidad como ciudadanos adultos y cristianos.

Mucha gente pregunta a los moralistas, ¿dónde están las soluciones? Propongo responder, en este caso: ¿dónde están los medios y los estudiosos que en el Norte, y en el Sur, se empeñan en esta tarea? ¿Dónde están las fuerzas políticas que nos convocan alrededor de otra gestión de la globalización? ¿Dónde están las estructuras políticas mundiales que responden a la globalización de los mercados?

¿Las soluciones?

Mucha gente alega, además y no sin motivo, que la investigación no logra ofrecer otra salida política. La ética responde al respecto que la investigación es mucha pero, ¿no es cierto que está al servicio de la productividad del capital y de su tasa de ganancia? ¿Dónde está la investigación alternativa y quién la financia? Además, ¿desde cuándo una investigación social sobre lo que, de hecho, ocurre, puede postularse como interpretación adecuada acerca de la bondad y maldad de la realidad (ética) y, en el fondo, hasta de la realidad posible (ontología)?

La ética sabe, desde luego, que una correlación de fuerzas tan desigual, como la actual, hace muy difícil una «alternativa» en la gestión política y social de la actividad económica, como ha reclamado A. Touraine. Pero, a la vez, la conciencia moral compartida nos obliga a indagar en varias perspectivas y, la primera de ellas, ésta:

¿Estamos, sólo y primero, ante una cuestión económica? Bien sabemos que no. Mucha gente piensa, y sabe, que la relación entre **saber, poder, querer, compartir y confiar** puede resolverse de varias formas no neoliberales y economicistas. El discernimiento ético no puede evitar, es cierto, la realidad y su ley fundamental: una dialéctica tan incómoda como ineludible entre lo humanamente deseable y lo históricamente posible, según factores muy diversos. Sin embargo, este posibilismo no ha de ocultar las víctimas de un modelo de crecimiento perverso. Sólo mirando desde ellas y sus intereses

es posible percibir, con auténtico realismo, las necesidades humanas de la economía; sólo ellas introducen una hermenéutica universalista en nuestros objetivos sociales y democráticos.

¿Quién será, se pregunta una ética sin complejos ni esquivas, **el sujeto político de esa combinación alternativa entre saber, poder, querer y confiar?** Una cuestión muy notable y que podríamos atender considerando, **primero**, la responsabilidad de la persona en cuanto individuo, y **enseguida**, de las personas en cuanto individuos asociados. **Y, por fin**, sin ignorar el objetivo o la pretensión de fondo: llegar a un **nuevo pacto social** en el que confluyan el máximo posible de fuerzas sociales, tanto las que se mueven tras un imaginario de alternativa justa y solidaria, como las que se mueven, en palabras de José Luis Segovia, por el temor ante las patologías del sistema, es decir, sus realizaciones insostenibles y sus amenazas. En otras palabras, se trata de que el potencial de la virtud (éticas utópicas) confluya con el potencial del temor (éticas pragmatistas) y, sus respectivos seguidores, desde distintas filosofías y propósitos políticos, rescaten tres imperativos irrenunciables:

El *imperativo categórico kantiano*, «el ser humano siempre es un fin, es persona con dignidad y no cosa con precio; *el imperativo de la compasión*, el que «nos pone en el lugar de los débiles para ver y comprender lo imprescindible»; y *el imperativo de la disidencia*, el que «nos impele a acompañar nuestra protesta con propuestas cívicas concretas, frente a la inevitabilidad economicista de la mundialización neoliberal».

III. Implicación personal, atendiendo a la militancia en asociaciones que trabajan por la movilización solidaria de la ciudadanía, en el Norte, y en el Sur

NO soy demasiado amigo de la consideración individual de los problemas sociales, pero esta perspectiva tiene mucha importancia, a la hora de hablar de una fuerza social que sostenga el propósito político que algunas éticas sociales, como la nuestra, vienen planteando; es decir, esa alternativa, cultural y política, posibilista, sin duda, pero temible ante la injusticia.

En dialéctica con esa dimensión individual que ahora sólo hemos citado, la pregunta por el sujeto político nos pone tras la pista de un gran movimiento cívico que, en el Norte y en el Sur, como voluntariado social y como militancia política, está ya trabajando, y ha de seguir haciéndolo, de varios modos.

Luego, ¿quién será el sujeto político que va a impulsar una globalización alternativa, por justa y solidaria, democrática y universal, posible y sostenible? ¿Quién reclamará que «volvamos» a la primacía de la política democrática sobre la economía? Sólo puede serlo un gran movimiento de ciudadanos del Norte, y el Sur, que se organizan, como militantes o voluntarios, en la gran red de la solidaridad compasiva, cierto, pero también política y, por ende, con voluntad de plasmarse en estructuras alternativas mucho más justas e inclusivas y, en particular, con relación al Estado y el Mercado. Este movimiento cívico, red de grupos y organizaciones que se reconocen en la lucha por la justicia y la solidaridad, en orden a ganar la conciencia de la sociedad civil para que elija otros fines, debe trabajar en tres perspectivas:

Crear un cuerpo cultural alternativo

La primera perspectiva es ideológica, o cultural y simbólica, es decir, la que se propone desarrollar y compartir, como movimiento cívico general, un conjunto de ideales y valores, de actitudes y hábitos, de palabras y cánticos, que constituyen, ya está en marcha, un cuerpo cultural alternativo, un imaginario distinto y peculiar, positivo y movilizador, frente al que impone el neoliberalismo: pensamiento único que sacraliza el mercado y convierte el sistema en una realidad inamovible

No se trata de compartir unas teorías científicas sobre la realidad, al menos no más allá de las hipótesis, sino de la asunción crítica y alternativa de ciertos ideales, valores y principios de vida y sentido, que convergen hacia una alternativa cultural: «el ser antes que el tener», «lo nuestro, lo de todos, antes que lo mío y mis íntimos».

En otras palabras, decimos que el movimiento civil alternativo tiene que desarrollar y compartir, primero, y extender, a la vez, un código cultural alternativo, que anime y legitime su Protesta. Un deseo que ya está en marcha, pero que tiene que crecer. Un código cultural que, compartido por los más posibles, cuestione, denuncie y abra brechas en los registros culturales legitimadores del capitalismo. La corresponsabilidad de todos para con los

sujetos más frágiles ha de comenzar por aquí; en su defecto, nos faltarán motivaciones para la paciencia y la perseverancia y, más pronto que tarde, desistiremos del empeño cívico alternativo. En su horizonte, ésta es la intención, comenzarán a gestarse las posibilidades teóricas y políticas de alternativas justas y solidarias, posibles y convenientes para todos, hoy y mañana, austeras y eficaces; alternativas inclusivas; alternativas no socializadoras de la miseria, sino de la suficiencia para todos.

Organizado en torno a campañas

Este movimiento cívico tiene que poner en práctica algunos proyectos, campañas y acciones de todo tipo, que simbolicen y realicen la protesta cultural que reúne a todos los voluntarios; acciones alternativas que, con mayor o menor duración, visibilicen la protesta ante la injusticia estructural y el desarrollismo del sistema. Serán algo germinal, pequeño, incipiente, imperfecto pero, sin duda, algo práctico que permita adivinar un espacio de libertad y humanidad, para todo aquél que lo quiera acoger; proyectos germinales que sacan el máximo provecho de la acción local y de la creatividad popular en los lugares más insospechados.

Por tanto, en esta segunda perspectiva, los retos simbólicos a los códigos culturales dominantes se ponen, ahora, en acción, como un sacramento de la liberación añorada, como un ejercicio de protesta que se acompaña de la propuesta creativa. Cabe decir que son un ejercicio de resistencia donde «Porto Alegre», de nuevo, se opone a «Davos».

Que consigan redes solidarias

La tercera perspectiva se concreta en un gran esfuerzo de ese movimiento cívico para hacerse entender o, de otro modo, hacer comprender a todos que el penúltimo, o inmediato destino, de las acciones simbólicas y prácticas recién descritas, es una red de nudos solidarios entre todos los grupos que lo constituyen. Pero, el último destino, o mediato, es ganar la sociedad civil para una salida política y económica, más justa, solidaria, inteligente y posible. El último destino, por tanto, es la política en sentido estricto, es decir, convencer a la sociedad civil para que fuerce el reconocimiento democrático del protagonismo, en estructuras, instituciones y

personas, que le corresponde y, por tanto, para que someta a su clase política, local e internacional, a los fines generales que se le reclaman: un pacto nacional y universal mucho más equilibrado entre la eficiencia económica en el uso sostenible de lo escaso y la eficiencia humana en el respeto de la dignidad de todos.

Esta intervención social del voluntariado cívico tiene que cuidar no desactivarse como fuerza con significación política, frente al estado de cosas actual; por tanto, en su denuncia y propuesta, pretenderá la reactivación conflictiva de los excluidos o amenazados por la exclusión. Y si sólo cupiera resistir, se impone resistir empeñados en que emerja la versión de los sometidos y excluidos; más aún, la subversión de los prismas hegemónicos y unificadores en la interpretación del mundo; y, al cabo, la subversión mediante la presión cívica no violenta, pero muy activa, de los espacios estructurales, institucionales y personales de la globalización neoliberal: mercados financieros, mercados de bienes y servicios, Estados y Organizaciones Internacionales, Medios, Universidades e Centros de Investigación, Industria Militar, Grupos de Presión y Lobbys, etc.

Su último destino, por tanto, es político, y no sólo individual, simbólico, lúdico o estético, sino político. La correlación actual de fuerzas sociales, en cuanto a la justicia social, sencillamente, no da más de sí. Sin embargo, es posible otra bien distinta, si se gana la inteligencia y la voluntad de las masas, comenzando por los descontentos y amenazados; no sólo si quieren los políticos profesionales, sino si éstos se ven exigidos por los ciudadanos para que se les convoque a otro pacto social con otros fines. Vencer las resistencias de todo tipo, y sin duda la satisfacción «política» de los acomodados, es una cuestión definitiva. La suma de los que se mueven tras un **imaginario de alternativa social mucho más justa** y los que se muevan por el **miedo ante las patologías del sistema**, bien podría forzar **otro pacto social** que rescate la mundialización de su secuestro neoliberal y nos conduzca hacia **otra globalización para todos y con todos**. A mi juicio, éste es el meollo de la cuestión política contemporánea, un problema de democracia y, por ende, un problema de creación de espacios de protesta y propuesta, cuya pauta sea, ya es, la vida para todos; su lugar, miles de iniciativas populares; su símbolo, la debilidad y paciencia de las hormigas y arañas frente a los elefantes; su manifestación, redes locales e internacionales de solidaridad humana; su fruto, minorías ejemplares frente a las vanguardias políticas que lo saben todo para todos (los suyos); su destino, una movilización política con el espíritu y propósito antes descrito. Una cuestión de saber, ciertamente, pero también, y creo que más, de poder y renunciar, de querer y confiar.

En este sentido, el cristianismo, nuestra fe, constituye una mina de posibilidades públicas solidarias, cuando se entiende desde las preguntas y respuestas que recorren las Sagradas Escrituras: ¿qué es de tu hermano? Y la respuesta evasiva, ¿acaso soy yo guardián de la suerte de mi hermano? Y de nuevo la pregunta: ¿cuál de estos tres se hizo prójimo?, y la respuesta moral por excelencia, «el que tuvo compasión del caído» (3).

(3) Lc 10, 36-37. Cfr., mi reflexión, Esbozo sobre la caridad en tiempos de capitalismo global, en Razón y fe 243 (2001) 29-40.